

---

# MEDITACION SOBRE LA VIRGINIDAD DE MARIA AL SERVICIO DE LA OBRA DEL PADRE

## SUMÁRIO

*Carlos Ignacio  
González, sj.*

Doctor en Filosofía por la  
Saint Louis University,  
Doctor en Teología por la  
Pontificia Universidad  
Gregoriana, Profesor en la  
Pontificia Universidad  
Católica de Lima. Mexicano.

*O Catecismo da Igreja Católica enfoca a virgindade de Maria como obediência à vontade do Pai, conhecida na anunciação. Aliás, a Igreja nunca ensinou e muito menos definiu a virgindade de Maria como uma verdade que tivesse significado em si mesma, mas sempre em função do projeto salvador de Deus em favor de toda a humanidade. Tanto que não temos nenhuma proclamação dogmática sobre a virgindade de Maria em si, ao contrário, a aseveração do credo, tanto batismal como dogmático assinalam entre os pilares da fé cristã que o Filho de Deus, por nós e por nossa salvação, "foi concebido por obra do Espírito Santo, de Maria Virgem".*

**L**a Iglesia nunca ha enseñado, ni mucho menos definido, la virginidad de María como una verdad que tuviese significado por sí misma, sino siempre en función del proyecto salvador de Dios en favor de la raza humana. No tenemos ninguna proclamación dogmática sobre la virginidad de María en cuanto tal, sino que la aseveración del credo, tanto bautismal como dogmático (el de Nicea-Constantinopla I) señalan entre los pilares de la fe cristiana que el Hijo de Dios, por nosotros y por nuestra salvación, «fue concebido por obra del Espíritu Santo, de María Virgen» (DS 150). El Catecismo de la Iglesia Católica (CC), ha dedicado tres párrafos (nn. 484-486), teológicamente muy densos, a exponer este misterio. En estos números claramente están implicadas varias afirmaciones básicas, de las que destaco las siguientes en torno al tema elegido para estas páginas:

n. 484. La pregunta de María: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? (Lc 1,34), da ocasión a la respuesta, que se dio mediante el poder del Espíritu (Lc 1,35).

n. 485. Tres aseveraciones de fondo: a) «La misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo». b) «El Espíritu fue enviado para santificar el seno de la Virgen y fecundarla por obra divina». c) Siendo el Señor de la vida, hizo que ella concibiera «al Hijo del Padre en una humanidad tomada de la suya».

n. 486. Dos ideas fundamentales: a) Esta intervención del Espíritu hace de Jesús el «ungido por el Espíritu Santo, desde el principio de su existencia humana», aunque su manifestación fue progresiva. b) «Toda la vida de Jesucristo manifestará «cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder» (Hech 10,38)».

Se debe notar que, en conjunto, los tres párrafos ponen la virginidad de María (en este caso expresada por su pregunta al ángel en Lc 1,34), enteramente en función del plan salvador realizado por

su Hijo, del cual el primer agente es el Espíritu Santo. Y afirman que toda la obra es trinitaria: el Padre no se nombra directamente, sino 2 veces como título de Cristo: el Hijo del Padre. Sin embargo se implica, como es común a la Escritura y a toda la Tradición de la Iglesia, como el principio de la entera acción salvífica realizada por su Hijo, y como el origen de la misión. Esto se indica en el texto (como también es habitual) mediante la forma pasiva, que supone al Padre como sujeto agente: «María es invitada», «El Espíritu Santo fue enviado». El Padre sí está nombrado como sujeto activo, a la manera propia del Nuevo Testamento, en el texto citado de Hech 10,38: «Dios le ungió con el Espíritu Santo»<sup>1</sup>.

La pregunta de María, que supone su estado virginal (aunque ya era mujer casada) en el momento de la anunciación, queda abierta a la respuesta del ángel, que en el texto original de Lucas es también trinitaria en embrión y promesa (redactada «con la mayor comprensión que le(s) daban la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad»: DV 19): «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que nacerá de ti será santo y llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35).<sup>2</sup> El Espíritu Santo vendrá sobre ella y la hará concebir; y el poder del Altísimo (del Padre) la cubrirá con su sombra, como la nube que cubría el tabernáculo en el desierto (cfr. Ex 40,38; Num 9,15.22), para indicar mediante esta teofanía la presencia de Dios en medio de su pueblo; y el Hijo de Dios descenderá a su seno para encarnarse.

---

<sup>1</sup> Recuérdese que es modo común de hablar, sea en el Nuevo Testamento, sea en los Padres. Cfr., por ejemplo, K. RAHNER, "Theòs en el Nuevo Testamento", en *Escritos de Teología I*, Taurus, Madrid 1963, p. 93-167. Y cfr. M. ARIAS REYERO, *El Dios de nuestra fe. Dios uno y trino*, CELAM, Bogotá 1991, p. 142-144, donde indica que para los creyentes del N.T. de tal manera han conocido al Dios revelado en el Antiguo, como el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que el Dios y el Padre significan lo mismo.

<sup>2</sup> Por eso hoy en día cada vez más intérpretes entienden la pregunta de María como un recurso literario de Lucas para introducir lo decisivo, esto es, la revelación de que lo concebido en ella será obra del Espíritu Santo. Cfr., por ejemplo, J. MCHUGH, *La Madre de Jesús en el Nuevo Testamento*, Desclee, Bilbao 1978, p. 258-265; S. MUÑOZ IGLESIAS, *Los Evangelios de la infancia II* (BAC 479), Ed. Católica, Madrid, 1986, p. 187.

En este apartado el Catecismo Católico trata de la Virginidad de María en el contexto de la Encarnación<sup>3</sup>. Y para señalar las bases de la fe, se refiere sólo a la Escritura y a la enseñanza básica de la primera tradición de la Iglesia, representada por algunos Padres del s. II. Este artículo no pretende sino profundizar un poco en estos mismos cimientos, que el Catecismo apenas deja apuntados.

*Al servicio de la obra del Padre.* La Escritura, la antigua tradición de la Iglesia y el Catecismo Católico (que se basa en ellas) no aluden a un voto de virginidad de María, ni siquiera a una decisión suya o de sus padres de mantenerse en ella, anterior a la anunciación.<sup>4</sup> De hecho el texto al que nos referimos inicia de esta manera: «La anunciación a María inaugura la plenitud de «los tiempos» (Gal 4,4)... María es invitada a concebir a aquel en quien habitará «la plenitud de la divinidad» (Col 2,9)» (CC 484)<sup>5</sup>. El designio eterno del Padre acerca de María, normalmente se trata como su predestinación<sup>6</sup> junto con y en función de su Hijo, cuyo más señalado signo es su

---

<sup>3</sup> En los nn. 484-486, que he citado arriba, sólo de paso, señalando la pregunta de María en Lc 1,34, para dar pie, como acabamos de ver, a la intervención del plan trinitario. Vuelve a tocar el tema de modo más directo en los nn. 496-498, en referencia a la virginidad en la concepción de Jesús, que es el centro dogmático. En los números 499-501, apunta la virginidad perpetua (en y después del parto) como aspectos de «la profundización de la fe en la maternidad virginal». Estas páginas girarán solamente en torno al primero: la concepción virginal de Jesús.

<sup>4</sup> El voto propiamente tal, hoy en día parece no aceptable, supuesto el contexto histórico del Nuevo Testamento. Varios autores prefieren hablar de «un propósito de mantenerse virgen», como J. GALOT, *María la donna nell'opera di salvezza*, PUG, Roma 1984, p. 143ss. Otros, de manera más suavizada, como de un «deseo», como I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza* (BAC 533), Ed. Católica, Madrid 1993, p. 55-60.

<sup>5</sup> En la expresión de JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater* (RM) 8: «María es introducida definitivamente en el misterio de Cristo a través de este acontecimiento: la anunciación del ángel».

<sup>6</sup> Tema bastante socorrido en la tradición de la Iglesia. El Vaticano II afirma, sobre la anunciación: «El Padre de la misericordia quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada» (LG 56; cfr. 61), y la descubre «bosquejada» en la promesa de la victoria de su Hijo sobre la serpiente (LG 55). Y cfr. RM 8e; y sobre todo CC 488-489.

plenitud de gracia («llena de gracia»: Lc 1,28)<sup>7</sup> desde el principio de su existencia (elección desde siempre para ser la Madre del Salvador, cuya preparación se concretiza en la Inmaculada Concepción: CC 490-493). Para explicar el significado de este plan divino de preparar a María, y anterior a toda decisión de ésta, Juan Pablo II propone en RM 7 el texto de Ef 1,4-7. No afirma que este fragmento paulino se refiera a María. Su fin es comparar la expresión «llena de gracia» (*kecharitoméne*) de Lc 1,28, con el uso del mismo verbo (*echarítosen hemás*) de Ef 1,6, para comprender mejor su sentido. En este himno Pablo interpreta «llenar de gracia» como nuestra elección desde siempre, de parte del Padre, para que participemos de la filiación divina «en el amado», es decir, para ser hijos en el Hijo, por obra del Espíritu (Ef 1,13-14; y cfr. Rom 8,14-17; Gal 4,4-7).

Pero se trata de una llamada oculta en la mente del Padre, que sólo conocemos por la revelación (a tal punto que ni siquiera María era consciente de ella antes de la Anunciación)<sup>8</sup>. Para ella, como para nosotros, la manifestación del plan divino comienza cuando «Dios (el Padre) envió al ángel Gabriel» (Lc 1,26). No se hallan en la Escritura lo que podríamos llamar «signos premonitorios»<sup>9</sup> para María, la cual quedó turbada reflexionando dentro de sí qué podría significar el saludo (Lc 1,29). En su obra sobre María, fruto de la fe y de la meditación junto con el estudio, M. Thurian escribe:

<sup>7</sup> Dice I. DE LA POTTERIE, «*Kecharitoméne*», in *Luca 1,28* (ad uso degli studenti), PIB, Roma, 1990, p. 12: «El participio perfecto pasivo *kecharitoméne* conserva el propio valor verbal: describe un estado presente en María, pero que es el efecto de una acción antecedente de Dios sobre ella. Precisamos que tal estado de María, así descrito, no es su belleza interior o su gracia física (como en Sir 9,8), porque el paralelismo que hemos analizado muestra que se trata de lo que la gracia de Dios ha obrado en ella como *preparación a la encarnación*: esto puede ser sólo una realidad de orden espiritual, en el orden de la *gracia*».

<sup>8</sup> Por eso varios autores hoy día interpretan que el propóstio de la virginidad de María habría sido posterior a la experiencia mística de la anunciación. Cfr. un breve panorama en C. POCO, *María en la obra de la Salvación*, Ed. Católica (BAC 360), Madrid 1974, p. 219-224.

<sup>9</sup> Por eso tampoco hay ninguna indicación de que María hubiese hecho algún voto de virginidad anterior a la anunciación. Su virginidad no es de cualquier tipo, sino la primera "por el reino de los cielos", en función de conocer antes de saberse llamada. El "voto" de María es una tradición no general y tardía en muy pocos Padres Latinos, a partir de San Agustín. Algunos Padres Griegos, a partir de San Gregorio de Nisa, siguiendo las tradiciones apócrifas, más bien hablaban de una consagración que de María habrían hecho sus padres, el día de la presentación. Pero tratar este asunto sería objeto de un escrito diverso del presente.

«La virginidad de María le confiere un *carácter de consagración*: ha sido separada para ser, de modo milagroso, la madre del Mesías. Su relación única con el Espíritu la coloca en proximidad tal con Dios que debe permanecer sola para darnos a entender, como signo que es, la elección única de su Señor»<sup>10</sup>.

«María es invitada» (n. 484), es decir, por el Padre. Se trata de una verdadera vocación, insertada en el contexto de las vocaciones del Antiguo Testamento, y en primer lugar de la de Abraham (Gen 12,1-3), en cuya continuidad pone San Lucas el misterio de la encarnación (de modo directo en 1,55.73; indirecto en 1,37, en referencia a Gen 18,14). También es heredera de muchas otras vocaciones, sobre todo de las grandes mujeres llamadas a participar en la salvación de Israel, sobre todo Sara, Yael, Débora, Ana, Rut, Judit y Ester (cfr. CC 489). Estas personas están dispuestas en cuanto a su apertura en la fe, pero no adelantan la invitación del Señor. Todo lo contrario, casi siempre la iniciativa de Dios se manifiesta en el hecho de que las personas llamadas deben cambiar el rumbo de su existencia inesperadamente (como en los casos de Abraham, Moisés, Judit, Ester, etc.). Así también sucedió a María en el caso de su matrimonio, contratado pero no consumado («Antes de vivir juntos»: Mt 1,18), durante el tiempo que solía transcurrir entre los esponsalicios y la conducción de la novia a la casa del esposo, como era costumbre en Israel<sup>11</sup>.

«Cuando el Señor llama a una persona, ejercita su soberanía como el Creador de su existencia, y como su Redentor único y absoluto, separándola para sí, con frecuencia de manera total (cuando su plan para salvar a su pueblo así lo requiere). No es la persona la que opta por propia iniciativa dejarlo todo: la decisión es sólo de Yahvé; y el ser humano llamado no se adelanta a la libre y gratuita elección de su Señor, sino que la sigue por la obediencia de la fe en acogimiento sin reserva... Por eso la llamada le sobreviene al elegido de manera impensada, por sorpresa, y cambiándole enteramente los planes que

---

<sup>10</sup> M. THURIAN, *María, Madre del Señor, figura de la Iglesia*, Dichos y Hechos, Zaragoza 1966, p. 49.

<sup>11</sup> En la cultura actual nos es difícil entender el concepto de matrimonio en Israel, tan diverso del nuestro. En especial nos cuesta comprender la fuerza de los esponsalicios, y su diferencia con la celebración del matrimonio propiamente tal, del que se seguía la convivencia. Puede ayudar R. DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona 1985, p. 65ss. Cfr. una buena y breve descripción, en I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio...*, p. 54.

tenía para su vida (por más que éstos fuesen del todo rectos según la voluntad divina). Es el signo de la soberanía del Señor»<sup>12</sup>.

A la invitación del Padre, para cumplir la misión de ser la madre mesiánica, María expuso la dificultad de su estado de virginidad, y preguntó sobre la manera como debía cumplirse esa Palabra del Señor: «Cómo será esto, pues no conozco varón?» (Lc 1,34)<sup>13</sup>. Hay una apertura total de su virginidad puesta ante el plan que ella no entiende, en apertura de fe. Conocemos la respuesta del ángel, que arriba hemos citado; pero antes de ella, no sólo para nosotros, sino también para María, el designio del Padre quedaba oculto bajo el velo del misterio.

A esta iniciativa del Padre que la llama, corresponde en María la total apertura en la fe, para aceptar sin límites esa Palabra que la invita: «He aquí la sierva del Señor, que se haga en mí según tu Palabra» (Lc 1,38). Esta es para María la manera más clara posible de expresar la obediencia de la fe. Respecto al Padre, es el origen de la historización de su plan salvífico en favor de la raza humana; respecto a ella, es el inicio de la maternidad divina y humana de su Hijo (es decir, de toda su plenitud como mujer y como creyente), y respecto a nosotros, el principio de nuestra redención por la encarnación del Hijo de Dios en su seno. En efecto, el Padre decidió salvarnos según el plan que estableció en su libre voluntad, pero «quiso la libre cooperación de una criatura» (CC 488); así como, habiendo querido formarse un pueblo, llamó a Abraham y «condicionó» (si así puede expresarse) su proyecto a la decisión de

---

<sup>12</sup> C. I. GONZALEZ, Esposa y virgen por una misión: el caso de María, *Revista Teológica Limense* 28 (1994), p. 169.

<sup>13</sup> Algo común es entre los Padres interpretar Lc 1,34 como una pregunta que expresa la disponibilidad de María a cumplir la voluntad del Señor, en la forma como Él quiera indicárselo: «¿Cómo será esto?» es una solicitud de que se le muestre el modo como ella deberá llevar a cabo su misión. De modo condensado lo expresa, por ejemplo, ANTIPATRO DE BOSTRA *Hom. sobre S. Juan Bautista* 10: PG 85, 1173: «No para contradecir, sino para aprender por la información». «No es que no le crea, sino que le pregunta el modo»; cfr. SEVERO DE ANTIOQUIA, *Hom. II en la Anunciación* 28: PO 38, 288. S. AMBROSIO, *De las vírgenes* II,10: PL 16, 210, interpreta la virginidad de María no como un voto, sino como un hecho: «Tal la mostró el evangelista (Lc 1,27), tal la encontró el ángel, tal la eligió el Espíritu Santo». Y sobre Lc 1,34: «Ella se declara dispuesta a hacerlo, y no duda de que habrá de hacerse, pero pregunta de qué modo puede hacerse».

éste por la fe; y así también, habiendo tomado la iniciativa de liberar de Egipto a su pueblo, envió a Moisés (Ex 3), pero escondiendo el tesoro de su obra magnífica en el Antiguo Testamento, en la generosa respuesta de una vasija de barro humano (cfr. 2 Cor 4,7).

La respuesta de María a esta llamada es su «obediencia de la fe» (cfr. Rom 1,5), origen, como correspondencia a la gracia del Padre, de su santidad humana. Así lo han visto en los orígenes de la Iglesia muchos de los Padres, de los cuales el CC apenas cita unos cuantos. Y en el sentido de total obediencia de la fe, la virginidad de María también puede llamarse, con Thurian, su pobreza de espíritu:

«La virginidad de María es también un signo de pobreza, de humildad, de espera de Dios, quien sólo puede, en su plenitud, colmar a quienes escoge. La virginidad es un signo de vacuidad, de confianza total en Dios que enriquece a los pobres que somos todos. En este aspecto, la virginidad es también una invitación a la contemplación que sólo debe y puede colmar a quien nada espera del hombre, esperándolo todo de Dios... La virginidad de María aparece así como el signo de la pobreza y de la incapacidad del hombre para realizar su liberación y producir el ser perfecto que lo salvará»<sup>14</sup>.

María, por su respuesta: «He aquí la sierva (*doúle*) del Señor», se coloca a sí misma, por obediencia en la fe, y virgen pobre por la apertura del espíritu, en la más pura espiritualidad de su pueblo, que es siervo del Señor. Ciertamente en su origen la palabra *doúlos*, *doúle* significaba una esclavitud, en cuanto la persona sometida a ella quedaba privada de su libertad, para sólo cumplir la del amo. Es el uso común en Grecia, y en muchos pasajes de la Escritura en los cuales se indica la sumisión no voluntaria al servicio forzado de otro (como era la de los hebreos en Egipto). Pero poco a poco la espiritualidad hebrea advirtió que su sometimiento al Señor, que había escogido a Israel como pueblo de su propiedad, convertía a éste en un servidor porque aceptaba libremente la alianza con Yahvé. Por eso el griego de los LXX tradujo muchas veces la palabra hebrea "ebed" no por "doúlos", sino por "país", que significa no tanto el esclavo involuntario (aunque en ocasiones puede significarlo), sino, o un niño, o el joven que presta un servicio. Incluso el culto

---

<sup>14</sup> M. THURIAN, op. cit., p. 50-51.



de adoración con frecuencia se expresa por el verbo correspondiente (*douleúein*).

En el segundo Isaías, por ejemplo, los cantos del Siervo de Yahvé algunas veces traducen el hebreo "*ebed*" por "*país*" (Is 42,1; cfr. 52,13), donde es «Mi siervo, a quien yo sostengo, mi elegido, en quien me complazco». Pero en otros pasajes lo llama *doúlos*: «Y me dijo, tú eres mi siervo, Israel... Y ahora habla el Señor, el que me plasmó como siervo para sí, desde el seno» (Is 49,3.5). Es que Israel ha comprendido que, aun cuando está sujeto a la voluntad del Señor, está a su servicio por una elección gratuita por la cual Él lo eleva al rango de su aliado; y porque él mismo (Israel) ha aceptado una dignación tan alta. ¿Por qué poco a poco se prefiere la expresión *país* a la de *doúlos*?

«A nuestro parecer, esto se debe a una precisa convicción del traductor, el cual piensa que el '*ebed jhwh*' cumple la función de siervo no porque lo hace tal la relación con su Señor, sino porque pertenece por naturaleza a la *oikos* (casa, entorno doméstico) del mismo»<sup>15</sup>.

Como una fiel israelita, y prototipo de la fe hebrea, siguiendo la huella de Abraham, el cual dejó todo cuanto el Señor le pedía para formar un pueblo por su medio, María renunció a todo, incluso a la ilusión del gozo legítimo y santo de la unión conyugal, como Dios se lo pedía por medio de su mensajero.<sup>7</sup>

Así también María se proclama «sierva (*doúle*) del Señor» (Lc 1,38) en la anunciación y en el *Magnificat* por la elección bondadosa del Señor: «Porque desde arriba ha mirado sobre la pequeñez de su sierva» (Lc 1,48), y en este mismo cántico se compara ella misma, y lo que en ella ha hecho el Señor, con la elección y los bienes que Éste mismo había hecho a Israel su *siervo* (Lc 1,54), pero en este

<sup>15</sup> K. H. RENGSTORF, «*Doúlos*», en G. KITTEL (ed), *Grande lessico del Nuovo Testamento* II, Paideia, Brescia 1966, p. 1430. Nótese que, el N.T. también dice que Jesús «tomó la forma de siervo (*doúlou*)» (Flp 2,7), pero en otras contadas ocasiones lo llama siervo (*país*), como en Hech 3,13.26; 4,27.30. El mismo autor, comentando el texto: «No es el siervo (*doúlos*) mayor que su señor» (Jn 13,16), dice que Jesús ha ejercitado el servicio de lavar los pies a sus discípulos, cumpliendo el oficio de un siervo: «De este modo también ha revelado el significado de su propia vida, en cuanto ésta estaba ligada a su misión».

último caso el evangelista ha elegido el vocablo *país*. En todas las veces, indica una profunda espiritualidad de voluntaria y amorosa aceptación del Padre como el Señor, a cuyo servicio Cristo se ha sometido como su Hijo, y del que todo el Nuevo Testamento sigue sus pasos<sup>16</sup>. Es la actitud de María, como figura de lo que será su Hijo. «Así, dice el CC, dando su consentimiento a la palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús» (n. 494). Y cita en seguida, tomándolo de LG 56, un bello texto de San Ireneo, que reproducimos más ampliamente:

«Encontramos obediente a María la Virgen cuando dice: «He aquí tu sierva, Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38); a Eva, en cambio, indócil, pues desobedeció siendo aún virgen. Porque como aquella tuvo un marido, Adán, pero aún era virgen... habiendo desobedecido se hizo causa de muerte para sí y para toda la humanidad; así también María, teniendo a un varón como marido, pero siendo virgen como aquella, habiendo obedecido se hizo causa de salvación para sí misma y para toda la humanidad... El nudo de la desobediencia de Eva se desató por la obediencia de María; pues lo que la virgen Eva ató por su incredulidad, la Virgen María lo desató por su fe»<sup>17</sup>.

Este rico texto nos introduce en la abundante corriente de la tradición patristica. El CC 496, también se refiere a un texto de San Ignacio de Antioquía: «Estáis firmemente convencidos acerca de que nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente de la raza de David según la carne, Hijo de Dios según la voluntad y el poder de Dios, nacido verdaderamente de una virgen»<sup>18</sup>. Es claro en relación con nuestro tema. En los pocos pero muy hondos pasajes en los que este Padre hace mención de la concepción virginal de Jesús, no insinúa siquiera una decisión que ésta hubiese tomado previamente a la anunciación; sino que siempre la contempla como una voluntad de Dios para indicar, mediante este signo, su intervención personal en nuestra salvación y la obra del Espíritu en la encarnación. Es la señal, igualmente, de que quien ha nacido de ella es, por una parte, el Hijo de David (y por tanto el Cristo), y por otra parte el Hijo de Dios. Sin

<sup>16</sup> Por ejemplo, Pablo se da a sí mismo, con frecuencia, el título de «Siervo del Señor (Jesucristo)», como en Rom 1,1; Gal 1,10; Fil 1,1; Tit 1,1; y así llama también a los cristianos: 1 Cor 7,22; Ef 6,6; Col 4,12. Así también Sant 1,1; 1 Pe 2,16, etc.

<sup>17</sup> S. IRENEO DE LYON, *Adv. Haer.* III, 22,4: PG 5, 959.

<sup>18</sup> S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Ad Smyrn.* I,1: PG 5, 708.

embargo toda esta obra se realizó por la voluntad del Padre, indicada por la frase clásica en los primeros tiempos, *la Economía de Dios*, para señalar que su origen es el proyecto salvífico del Padre: «Nuestro Señor Jesucristo ha sido gestado por María según *la Economía de Dios*, de la simiente de David, mas (por obra) del Espíritu Santo»<sup>19</sup>.

"En todos los textos de sus cartas, la virginidad de María aparece siempre como un signo al interno de la Economía divina, como parte del designio del Padre. En el último texto citado, todo el misterio de la Encarnación («según la carne», señala el origen de la concepción virginal de Jesús: «Según el poder y voluntad de Dios», sin siquiera insinuar una iniciativa de parte de ella<sup>20</sup>. Una consecuencia semejante podría derivar del texto en el cual este Padre coloca dicha virginidad entre los tres «clamorosos misterios» ocultos al príncipe de este mundo, y sólo accesibles «en el misterio de Dios»<sup>21</sup>.

San Justino también habla con frecuencia de la concepción de Jesús en el seno virginal de María, como un designio del Padre, en sus textos tan conocidos. Ante todo, al interpretar Is 7,14 como una profecía en la que Dios preanuncia, por medio de su Espíritu, que su proyecto salvador de salvarnos por su Hijo, se indicaría mediante el signo de que Éste nacerá de una virgen, «para que, cuando se hubiese cumplido, se le reconociese por la potencia y querer del Creador del universo»<sup>22</sup>. Luego, una vez realizado el hecho, dicha virginidad ha señalado ante el mundo que ha iniciado la obra que el Padre había decidido llevar a cabo por su Hijo en la carne: «El, por virtud del Verbo, y según *la voluntad de Dios Padre* y Señor del universo, nació hombre de una Virgen y se llamó Jesús»<sup>23</sup>. «El Hijo de Dios, Jesucristo, sin pecado nació de la Virgen, de la raza de

<sup>19</sup> S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Ad Eph.* 18,2: PG 5, 659.

<sup>20</sup> Acerca de las discusiones sobre la contraposición: «según la carne»-«según el poder y voluntad de Dios», cfr. J. A. DE ALDAMA, *María en la patrística de los siglos I y II* (BAC 300), Ed. Católica, Madrid 1970, p. 171-176.

<sup>21</sup> C. I. GONZÁLEZ, op. cit., p. 180. El texto interno está tomado de S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Ad Eph.* 19,1: PG 5, 659. Uno de estos «tres misterios clamorosos» es, precisamente, «la virginidad de María», que en este Padre siempre significa la concepción virginal de Jesús, ya que no toca la virginidad perpetua de su Madre.

<sup>22</sup> S. JUSTINO, *Dial.* 84: PG 6, 673.

<sup>23</sup> S. JUSTINO, *Apol.* 1,46: PG 6, 400.

Abraham, según la voluntad del Padre»<sup>24</sup>. «¿Cómo podremos dudar que, según el designio del Padre del universo, haya podido nacer de una virgen?»<sup>25</sup>.

Pero sin duda su texto que más ha influido en los Padres posteriores, sobre todo porque poco después S. Ireneo lo acogió como herencia y lo desarrolló hasta una cima que sigue siendo la más alta hasta nuestros días, es aquel en el que compara a María con Eva. Y pone el hecho de que Jesús nació de una virgen, insertado en la actitud del Señor, paralela a la de María, de plena obediencia al Padre como signo de nuestra redención de aquel pecado que había tenido origen en la desobediencia. Si se estudian sus palabras con cuidado, se advertirá que propiamente la obediencia que nos salva es la del Hijo que se ha hecho hombre por voluntad del Padre. María, la virgen, acogió el ministerio al que el Padre la invita por el ángel, y se insertó en él al recibirlo «con fe y alegría»:

«Se hizo hombre por medio de una virgen, a fin de que, lo que había tenido inicio por vía de la obediencia a la serpiente, por el mismo camino fuese disuelto. Porque Eva era virgen e incorrupta cuando acogió la palabra de la serpiente, y engendró desobediencia y muerte. María la virgen acogió la fe y la alegría cuando el ángel Gabriel le comunicó el mensaje que el Espíritu del Señor bajaría sobre ella y la fuerza del Altísimo la cubriría con su sombra, y por eso lo santo engendrado de ella sería llamado Hijo de Dios»<sup>26</sup>.

Volvemos ahora a San Ireneo, el autor que ha puesto las bases permanentes de la teología salvífica que lee la obra del Señor, ante todo, como un *intercambio*: el Hijo de Dios asumió lo que era nuestro, para que nosotros nos hiciésemos, como él, hijos de Dios. Por eso se hizo carne para *recapitular* a la humanidad redimida, como cabeza suya, así como Adán se había hecho cabeza de la humanidad pecadora. Y finalmente, realizó esta obra por el proceso histórico de la *recirculación*. Si el primer pecado había sido por desobediencia, su reparación había de ser por la plena obediencia del Hijo al Padre. La obediencia que nos salva es la del Hijo hecho

<sup>24</sup> S. JUSTINO, *Dial.* 23: PG 6, 528.

<sup>25</sup> *Ibid.*, 75, col. 652.

<sup>26</sup> *Ibid.*, 100, col. 709-712.

carne. Sin embargo, al lado de él, puesta toda al servicio de la misión de su Hijo, María obedeció al plan de Dios; así como Eva, al lado de Adán, había colaborado en su desobediencia. San Ireneo, tan cercano a la era apostólica, no supone absolutamente que María hubiese hecho algún voto o tomado una decisión de virginidad anterior a la anunciación. Simplemente supone *la virginidad de hecho* en que María vivía siendo mujer recién casada, al comparla (tanto en el texto siguiente, como en el que arriba citamos) con Eva cuando aún era virgen. Tampoco afirma que María, en ese momento, hubiese sido virgen por obediencia; sino que, siendo ella virgen (casada, pero sin haber consumado su matrimonio), obedeció a la misión que el Padre le encomendaba por medio del ángel. Su virginidad, pues, no es una virtud que tuviese valor en sí misma, sino como un aspecto de su misión, incluido dentro del proceso salvífico según la voluntad del Padre:

«Fue disuelta la seducción por la cual había sido mal seducida la virgen Eva destinada a su marido, por la verdad en la cual fue bien evangelizada por el ángel la Virgen María ya desposada: así como aquella fue seducida por la palabra del ángel para que huyese de Dios prevaricando de su palabra, así ésta por la palabra del ángel fue evangelizada para que portase a Dios por la obediencia a su palabra, a fin de que la Virgen María fuese abogada de la virgen Eva; y para que, así como el género humano había sido atado a la muerte por una virgen, así también fuese desatado de ella por la Virgen, y que la desobediencia de una virgen fuese contrabalanceada por la obediencia de otra virgen»<sup>27</sup>.

Se nota San Ireneo muy encariñado con este enfoque de la virginidad de María, que varias veces repite, bajo diversos enfoques. Luego fue seguido por otros Padres. Un aspecto ya conocido es que, con los Padres de los primeros siglos, lee Jn 1,13 en singular, y lo refiere a la concepción virginal de Jesús, nacido de esta manera por voluntad del Padre, y para indicar su plan salvífico, al que María sirvió con su obediencia. Y el Padre así lo decidió, para que, habiendo preparado el signo mediante la misteriosa profecía de Is 7,14, al cumplirse en la encarnación del Verbo en el seno virginal de María, se le reconociese como a su Hijo. De este modo, la

---

<sup>27</sup> S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 19,1: PG 7, 1175-1176.

virginidad de María se levanta muy por sobre una decisión de ella, hasta el nivel de un signo revelatorio que sólo el Padre soberanamente determina: «Porque «es un hombre, ¿quién lo reconocerá?» (Jer 17,9). Lo reconocerá aquél a quien el Padre que está en los cielos se lo revele (Mt 16,17), para que se entienda que «no de la voluntad de la carne ni de la voluntad de varón» (Jn 1,13)<sup>28</sup> ha nacido el Hijo del hombre (Mt 16,13), que es «el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt 16,16)<sup>29</sup>. Prosigue ahí mismo reflexionando sobre las muchas señales de que Jesús era hombre verdadero que narra la Escritura, y que se mostraban a simple vista. En cambio su ser divino y su origen del Padre, sólo podía manifestarse mediante un signo que no fuese propio del común obrar de la naturaleza, y que por lo mismo sólo podía decidirlo el Padre en su soberanía creadora: «Como tuvo una generación sobre todas luminosa, del Padre altísimo, también llevó a término una concepción de la Virgen».

Esta teología de San Ireneo invade su pensamiento: es el plan del Padre el que nos salva, de manera que toda la obra del Hijo responde a una misión obediencial para recuperar su plan original sobre los seres humanos que éstos destruyeron desde Adán, mediante un plan de recapitulación por la obediencia de su Hijo. San Ireneo usa con frecuencia el paralelismo de Dios, que plasma al primer hombre de tierra virgen, y al segundo hombre de una mujer virgen: de esta manera, la elección de María, casada pero virgen, señala que el Creador del hombre es su mismo Redentor. A cumplir esta misión responde el llamamiento de María como colaboradora al lado de su Hijo. Su estado de virginidad es lo que le da a esa joven casada la plena y libre apertura para que en ella se cumpla el plan del Padre. Pero este mismo plan incluye, como un signo de la encarnación del Unigénito, que ella acepte concebirlo virginalmente. Por eso, si en el momento de la anunciación la virginidad de María es un hecho que corresponde a la mujer recién casada, una vez recibida la

<sup>28</sup> Es un modo común de citarlo, como en *Ibid.* III, 16,2; V, 1,3; cfr. C. I. GONZALEZ, *María evangelizada y evangelizadora* (3ª ed. aumentada y corregida), Santafé de Bogotá 1994, p. 175-177; A. SERRA, art. «Virgen», en S. DE FIORES - S. MEO (edd), *Nuevo diccionario de mariología*, Paulinas, Madrid 1988, p. 1191s.; J. A. DE ALDAMA, op. cit., p. 167-168; I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio...*, p. 128-158, y J. GALOT, *Être né de Dieu: Jean 1,13*, PIB, Roma, 1969.

<sup>29</sup> S. IRNEO, *Adv. haer.* III, 19,2: PG 7, 940.

indicación de la voluntad del Padre se convierte en completa disponibilidad al servicio de su obra:

«¿De dónde proviene la esencia de la primera creatura? De la Voluntad y Sabiduría de Dios y de la tierra virgen... De esta tierra, pues, todavía virgen, Dios tomó barro y plasmó al hombre, principio del género humano. Para dar, pues, cumplimiento a este hombre, asumió el Señor la misma disposición suya de corporeidad, que nació de una Virgen por la Voluntad y por la Sabiduría de Dios»<sup>30</sup>.

Comparando los textos del obispo de Lyon, podemos descubrir un cierto progreso en la realización del plan del Padre: un primer parangón se indica por la comparación tierra virgen (origen del primer Adán), mujer virgen (origen del segundo Adán). Es un doble signo que toca el principio mismo de la intervención divina en el ser y en la salvación del hombre; y un segundo paralelo se descubre en el proceso para llevar a cabo la obra: desobediencia de la primera virgen *versus* obediencia de la segunda. Este último aspecto es el que quizás más domina en la consideración de Ireneo sobre la virginidad de María, colocada por tanto al servicio de la obra del Padre, que decidió salvarnos mediante la obediencia de su Hijo<sup>31</sup>. Por eso, aliada a la misión de éste,

«Era conveniente y justo que Adán fuese recapitulado en Cristo, a fin de que fuera abismado y sumergido lo que es mortal en la inmortalidad. Y que Eva fuese recapitulada en María, a fin de que una Virgen, venida a ser abogada de una virgen [Eva], deshiciera y destruyera la desobediencia virginal mediante la virginal obediencia»<sup>32</sup>.

Es claro, pues, que la virginidad de María no tiene de por sí un valor salvífico, sino como una apertura a la voluntad del Padre y una disponibilidad total a su obra. El énfasis no está puesto en un propósito de virginidad, sino en la virtud de la obediencia. Así queda

---

<sup>30</sup> S. IRENEO DE LYON, *Demostración de la predicación apostólica* 32, Ciudad Nueva, Madrid 1992, p. 122-123.

<sup>31</sup> Aspecto que también abunda en su teología, por ej. en el bello texto de *Ibid.* 31, p. 118s.: «Hízose visible... porque, envueltos todos en la creación originaria de Adán, hemos sido vinculados a la muerte, por causa de su desobediencia, era conveniente y justo que, por obra de la obediencia de quien se hizo hombre por nosotros, fueran rotas las [cadenas] de la muerte».

<sup>32</sup> *Ibid.*, 33, p. 126.

claro que no se trata de una decisión de María, sino de la iniciativa del Padre. Y toda la santidad de María deriva de esta total sumisión como sierva fiel a lo que el Padre le pedía como la misión de su vida entera. La misma plenitud de gracia original va orientada en este sentido. En efecto, es la finalidad de su Concepción Inmaculada, como enseña el CC 490: «Para poder dar el asentimiento libre de su fe al anuncio de su vocación era preciso que ella estuviese totalmente poseída por la gracia de Dios». Por eso escribe Max Thurian:

«Se comprendería mal el significado de su título de virgen si se lo pusiera en relación directa con la santidad de María. María no es virgen porque es santa, ni es santa porque es virgen. Hay que distinguir estos dos títulos so pena de desvalorizar el matrimonio cristiano, que también es santo. Es conveniente considerar la santidad y virginidad de María como dos consecuencias distintas de su predestinación»<sup>33</sup>.

En la historia de la teología, muchos teólogos han dado una importancia primaria a la virginidad de María, presentándola incluso como un voto o al menos una decisión de ella previa al conocimiento de su misión. Tal vez se han movido por una honda preocupación en favor de la vida consagrada, tan necesaria a la Iglesia<sup>34</sup>. Sin embargo, desde la antigüedad hubo también Padres que pensaran de manera diversa: tanto la virginidad como el matrimonio son santos por voluntad divina, porque ambos son necesarios para el bien de la comunidad humana y de la Iglesia<sup>35</sup>. Por lo mismo, lo importante es saber cuál es la voluntad del Padre en el servicio que por nuestra vida podemos hacer en favor de su proyecto salvífico. De ahí que todo el valor de la vida consagrada, incluyendo la virginidad de María, sólo tienen sentido como una obediencia de la

<sup>33</sup> M. THURIAN, op. cit., p. 48s.

<sup>34</sup> Es, por ejemplo, el caso de San Agustín, en el año 401. Después lo han seguido muchos pensadores cristianos de Occidente. Cfr. *De sancta virginitate* IV,4: PL 40, 398. Inició así una exégesis latina de la pregunta de María: «¿Cómo puede ser esto, pues no conozco varón?» (Lc 1,34): «Esto no lo hubiese dicho, si anteriormente no hubiese prometido al Señor la virginidad».

<sup>35</sup> Entre otros, por ejemplo, un amigo y seguidor de S. Basilio, S. ANFILOQUIO DE ICONIO, *Hom II. en la Presentación de N. Sr. Jesucristo* 1: PG 39, 45: «Elimina el matrimonio honorable y no hallarás la flor de la virginidad; porque en él y en ninguna otra parte se recoge la flor de la virginidad. Al decir esto no queremos meter una pugna entre la virginidad y el matrimonio; sino que apreciamos ambos como necesarios. Pues el mismo Señor que proveyó una y otro, no ha opuesto la primera al segundo, sino que mantiene a ambos como partes del temor (servicio) de Dios».



fe que acepta sobre la propia existencia el plan del Padre. El mismo Thurian añade poco adelante:

«La fe de María es un acto de obediencia: «Soy la Sierva del Señor». María entra a formar parte del plan de Dios, acepta la terrible vocación de la Hija de Sión, la desconcertante función de Madre del Mesías. No acoge esta vocación como una gloria para ella, sino como un servicio hecho a Dios. Con este magnífico servicio también acepta la bajeza de una situación anormal: ser una madre virgen, la posible crítica de los que la rodean, el cierto desprecio de José, su desposado. Todo esto queda medido, aceptado y acogido en la obediencia de un servicio hecho a Dios. La Sierva del Señor no discute sino que se entrega a su Dueño»<sup>36</sup>.

La finalidad de estas páginas era esclarecer por qué el *Catecismo Católico* enfoca la virginidad de María, en su momento básico que es la concepción de Jesús, como una obediencia de María a una misión que ella asumió al conocer, mediante la anunciación, la voluntad del Padre. El mismo CC limita las bases de su enseñanza a la Escritura y a la doctrina de los Padres del siglo II. Por ello hemos querido sólo ampliar ese fundamento, abriéndolo a los diversos matices que tiene en sus orígenes. Pero el CC ha elegido bien, porque, aun cuando abunda en los Padres de los siglos posteriores la ligazón entre la fe obediencial y la maternidad virginal de María, sin embargo también éstos arrancan de los mismos jalones, aun cuando aquí y allá puedan enriquecer el tema con diversos matices. Queda en pie lo que sirve de base a nuestra espiritualidad cristiana, y a la apertura de cada uno de los creyentes para acoger como una vocación, y no como un deseo de llenura individual, la propia disposición en favor de la obra del Padre, sea en la virginidad consagrada, sea en el celibato, sea en el servicio del matrimonio. Basta que él nos indique, según libremente se comunica a cada uno de nosotros, su plan sobre el fin de nuestra existencia.

Dirección del Autor:  
Centro José Acosta  
Chancay 750  
Apartado 10226  
LIMA 100 - Perú

---

<sup>36</sup> M. THURIAN, op. cit., p. 90.